

LIBERA A LOS SAURIOS
**SUPER
SAURS**
con la app gratuita



JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL SÉPTIMO ESPINOSAURI

DESTINO

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL SÉPTIMO ESPINOSAURI



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The World of Supersaurs. The Seventh Spinosauri*
© del texto y de las ilustraciones: Supersaurs Limited, 2019
Ilustraciones de Chris West y Jay Jay Burridge
Reservados los derechos morales del autor y del ilustrador.
Publicado originalmente en inglés por Supersaurs, un sello de Bonnier Zaffre, Londres
© de la traducción: Andrés Rus Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-08-22244-6
Depósito legal: B. 290-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La persecución

~ trece años antes ~

Wokam, islas Aroe

Provincia de las Molucas, Indonesia Oriental, 1921

La persecución había comenzado.

La espesa jungla solía ocultar todo rastro; sin embargo, conforme corría, Kunava iba dejando tras de sí una estela de hojas revueltas y de vegetación alborotada que hacía muy fácil seguirle la pista. Se apretaba el brazo contra el pecho tratando en vano de frenar el rápido flujo de sangre que salía por el muñón de su extremidad amputada. El dolor era muy intenso; no obstante, el miedo a perder algo más, la propia vida, lo hacía continuar huyendo a toda velocidad. De repente, se oyó un disparo. Luego, algo chocó contra la espesura del follaje y dejó escapar un afligido grito.

—¡Aquí abajo, jefe! —exclamó una voz a poca distancia.

Kunava había tropezado con una raíz y caído al suelo, golpeándose con violencia. Apoyándose en la mano que le quedaba, se levantó y se dio cuenta de dónde se encontraba: justo en el mismo sitio que al principio.

El cruel destino lo había llevado en círculo, conduciéndolo de nuevo al claro del bosque y al eucalipto arcoíris que crecía sobre las ruinas del antiguo templo de los hombres saurio. Dos cuerpos sin vida yacían tirados junto a la corteza multicolor del tronco, la cual se hallaba acribillada a balazos.

Kunava miró a su alrededor. Ahí estaba, entre las hojas... ¡Su mano!

Por un breve instante, le pareció sentir cómo el extremo de su ensangrentado muñón se contraía ante la imagen del miembro perdido. Los nervios cercenados se burlaban de su dolorida mente.

—¿Dónde está el guía? ¡Maldita sea!

—Ha escapado, jefe. Espere...

Entonces se oyó otro disparo. Un terrible alarido atravesó el aire. A continuación, un lamento colectivo acabó siendo silenciado por una serie de golpes sordos.

—Me he quedado sin balas... He tenido que encargarme de esos asquerosos saurios con mis propias manos.

Donde fuera que se encontraran con exactitud aquellos hombres, seguían estando demasiado cerca. Las enormes raíces del árbol formaban profundas crestas sobre el suelo. No había a donde ir. Lo único que podía hacer era tratar de hallar un sitio para esconderse. A un lado de una de aquellas gigantescas rizomas se extendía una gran y mullida pila de hojas verdes, de modo que Kunava se metió debajo de ellas y se echó por encima otras cuantas de color marrón oscuro. Su cabello despeinado era casi de igual tonalidad. La sangre encarnada que manaba de su muñón pasaba desapercibida también con la corteza del árbol. Así pues, se acomodó entre las raíces y desapareció por completo. El arduo esfuerzo realizado le impidió mantenerse consciente. La vida se le escapaba rápidamente.

Christian Hayter apareció entre los arbustos.

—Así lo que has conseguido es que salgan todos corriendo... ¡Anda, mira! Ese hombrecillo se ha dejado la mano por el camino... —señaló, riéndose para sí mismo al tiempo que se sacaba un pañuelo del bolsillo para limpiarse la cara salpicada por la sangre de sus víctimas.

De repente, oyeron un sonido que cambiaría sus vidas para siempre: el llanto de un bebé.

—Jefe... Esto... —repitió Hayter con nerviosismo—. Tenemos un problema.

Un hombre alto, vestido con elegancia y con gafas redondas se adentró de forma silenciosa en el claro. Empuñaba una espada fina y alargada. Un calor asfixiante emanaba del suelo. El aire era denso. Nada más hacer acto de presencia, se acercó a los dos cuerpos sobre los que ya revoloteaba una gran cantidad de mosquitas negras. El espectáculo resultaba repugnante. A continuación, se levantó las perneras del pantalón para que no se le mancharan y metió un pie debajo de uno de los cadáveres para darle la vuelta. Una vez liberado del peso inerte de su padre, la criatura estiró los brazos. Todavía lloraba. El hombre se inclinó sobre él y observó sus ojos azules. Después, se aproximó de nuevo a su progenitor y le arrancó del cuello un pequeño y brillante colgante.

—No creo que vayas a necesitar esto... —dijo el vizconde, tirando con fuerza del cordón de cuero, el cual, sin embargo, se hallaba muy apretado, por lo que se vio obligado a deslizar el filo de su espada por debajo y cortarlo.

—Jefe, ¿qué hacemos? —preguntó Hayter.

—Nada —repuso el señor Knútr con frialdad—. No haremos nada.

—Pero... morirá —murmuró su leal acólito.

—En efecto.

—No podemos matar a un niño pequeño, jefe. Es...

—No hará falta hacerlo... —lo interrumpió el vizconde—. Los raptos no tardarán en aparecer. El olor a carne fresca se extiende rápido por la selva. Muy pronto, este lugar se hallará atestado de ellos. Esos saurios salvajes lo dejarán todo bien limpio. Lo único que quedará cuando se vayan será un puñado de huesos desperdigados.

—Pero... —empezó a decir Hayter bajando el tono enseguida—. No...

—¿No, qué? —replicó el señor Knútr alzando su arma punzante hacia el rostro de su ayudante.

Este levantó las manos en el acto y retrocedió un segundo antes de que su patrón le hiciera un corte en la mejilla con el filo de su espada.

—Y no me llames «jefe» —le espetó mientras Hayter daba un traspié hacia atrás—. Dirígete a mí únicamente como vizconde. ¿Me has entendido?

A continuación, volvió a blandir su fino acero en el aire ante los ojos de su esbirro, haciéndolo retroceder un poco más aún hacia el árbol. Justo hasta acabar pisando el pie de Kunava.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. El indígena, malherido, no pudo seguir reprimiendo el dolor que llevaba soportando desde que le cortaran la mano y soltó un profundo alarido.

Los dos hombres se sobresaltaron de inmediato al oírlo y miraron a su alrededor. Fue entonces cuando se percataron de que no se hallaban solos. El eucalipto arcoíris se encontraba rodeado por un grupo de raptos-sombra. Tan grandes como una cría de alosaurio y, por lo menos, cincuenta veces más fuertes. Allí estaban, inmóviles, observándolos con su fría y penetrante mirada de ojos azules. Durante unos segundos, nada ni nadie se movió lo más mínimo. Acto seguido, Hayter echó mano suavemente del agujijón, el cual colgaba de su cinturón, y lo levantó haciendo brillar su garra de hierro.

—Jefe... vizconde... —señaló corrigiéndose a sí mismo con rapidez—. Quédese atrás. Yo me encargo de esto.

El señor Knútr respondió agitando de forma veloz hacia delante y hacia atrás su espada, la cual también resplandecía al reflejar la luz.

—No, yo me ocuparé de esto... —dijo con calma—. ¡Atrás, bichos asquerosos!

Desde el suelo, Kunava dejó escapar otro quejido angustioso.

A pesar de los reflejos metálicos que iluminaban el aire, los raptores-sombra mantenían la vista fija en los intrusos.

En ese momento, el bebé volvió a llorar de nuevo. Todas las cabezas, saurias y humanas, se giraron para mirarlo. El niño estaba echado sobre su espalda, rodeado amorosamente por los brazos de su madre y moviendo impotente manos y pies.

Los saurios empezaron a avanzar.

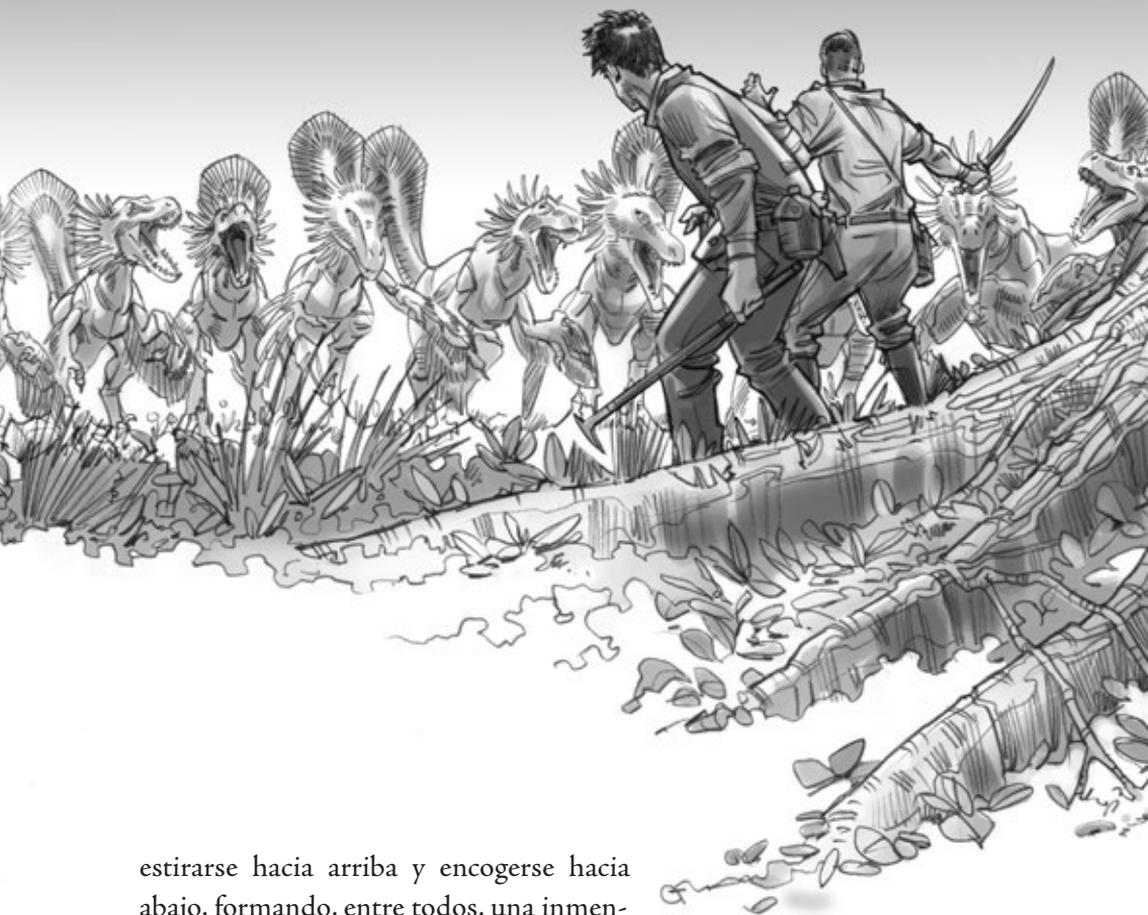
Christian Hayter se dio media vuelta y salió corriendo en dirección opuesta, saltando por encima de las raíces que se extendían desde la base del árbol. Sabía que sus opciones de supervivencia frente a un grupo de aquellas enfurecidas criaturas eran muy escasas. Ni una sola vez se volvió para ver lo que ocurría a continuación.

A pesar del peligro que lo acechaba, algo ajeno a los raptores, que reposaba a sus pies, llamó la atención del vizconde haciendo que este se agachara a recogerlo. Se trataba de un diario escrito a mano. De repente, nada más comenzar a ojear sus páginas, se topó de frente con el rostro tembloroso de Kunava.

—Parece que estos bichos tienen hambre... —le dijo al hombre herido antes de desaparecer tras los pasos de Hayter.

El indígena intentó permanecer consciente. Sudaba y deliraba a causa del dolor. A pesar de ello, procuró obligarse a sí mismo a seguir escuchando el llanto del bebé, el cual había atraído la amenazadora atención de los raptores-sombra. Todos competían por atisbar el origen de aquel sonido que, de repente, los había dejado paralizados. A continuación, como si la joven criatura fuera lo único que pudiera mantenerlo con vida, Kunava empezó a arrastrarse por el suelo en dirección a ella.

El bebé estaba temblando en los brazos de su madre muerta. Él levantó al pequeño con su mano y trató de incorporarse. A su alrededor, los saurios hacían amagos de echarse encima de ellos. No paraban de



estirarse hacia arriba y encogerse hacia abajo, formando, entre todos, una inmensa marea de plumas. Kunava se alejó unos pasos; sin embargo, enseguida perdió de nuevo el equilibrio. De manera instintiva, intentó apoyarse en el árbol para mantenerse en pie; no obstante, al no tener otra cosa con qué hacerlo más que con su muñón, cayó otra vez al suelo. Los raptos se acercaron.

El indígena sabía que resultaba inútil. La luz se apagaba y el mundo comenzaba a oscurecerse muy despacio. Cerró los ojos. De nada servía gritar pidiendo ayuda, ya que no había nadie en kilómetros a la redonda. Imposible pelear. Estaba superado. Todo era completamente en vano. Se acabó. El grupo de raptos se echó sobre él.



El llanto del niño devolvió de nuevo a Kunava a la realidad. Tenía frío y estaba mojado. Debía de haber habido una tormenta. Alzó la mirada hacia la copa del eucalipto arcoíris y trató de recordar qué era lo que lo había llevado hasta allí. Al cabo de un segundo, observó el espacio vacío donde debería estar su mano y, con lentitud y timidez, levantó el muñón. Su memoria fue débilmente encendiéndose con cada parpadeo de sus ojos. La muñeca le había dejado de sangrar y una gruesa costra cubría la antigua herida abierta. Ya no sentía dolor alguno, lo cual le extrañó bastante. Entonces recordó. No obstante, ahora, no había ni rastro a su alrededor de raptos, cazadores... ni tampoco de ningún niño pequeño.



Kunava se incorporó hasta quedar sentado. El cuerpo le crujía con cada minúsculo movimiento. Había permanecido inmóvil durante demasiado tiempo. Lo tenía todo agarrotado. Una nube de moscas negras envuelta en un fuerte olor revoloteaba en el aire, lo cual era indicador inequívoco de la presencia de la muerte. Con las piernas aún rígidas, se dirigió hacia los cadáveres en descomposición de los Kingsley.

El bebé no estaba. ¿Acaso todos aquellos llantos habían sido imaginaciones suyas?

La tribu de Kunava siempre quemaba a sus muertos en una pira funeraria; sin embargo, él no tenía forma en aquel momento de hacer

nada de eso. Además, sabía que los no isleños lo que hacían era enterrar a sus difuntos. El profundo espacio existente entre la cresta de las dos raíces, justo donde se había escondido, parecía el lugar adecuado para ello. Así pues, apartó la mugre con los pies y la mano que le quedaba y metió los tiosos cuerpos en aquella tumba improvisada y superficial. Su miembro amputado también andaba por allí, así que, no sabiendo qué hacer con él, lo puso junto a ellos. Al fin y al cabo, no dejaba de ser verdad que una parte de sí mismo había muerto con aquella pareja. Los jóvenes padres yacían uno abrazado al otro, tal como habían caído, bajo la mirada eterna de la muerte. Kunava sacó fuerzas de flaqueza para cubrirlos con una capa decente de tierra y un mantillo de hojas. A continuación, se sentó y trató de poner en orden sus pensamientos.

¿Habrían sido asesinados los dos occidentales de no haber accedido a ser su guía? ¿Podía sentirse responsable de sus prematuros fallecimientos? El niño, cuyo llanto había oído con toda claridad, debía de haber sido devorado por los raptos-sombra. El indígena se frotó el costroso muñón. Él, en cambio, se había salvado de forma milagrosa. Ojalá los saurios se lo hubieran comido a él también.

Las historias que contaba su familia decían que Kunava pertenecía a una casta de seres protegidos, los hombres saurio. Hasta aquel momento, jamás había sentido la necesidad de hacer uso de dicha protección. Su vida más allá de la jungla había diluido sus creencias de la infancia. Sin embargo, en esta ocasión, agarró el brillante ópalo que colgaba de su cuello y que, con anterioridad, había pertenecido a su padre —y al padre de su padre antes de eso— y lo besó. ¿Serían ciertos todos esos relatos? La tragedia que acababa de tener lugar había ocurrido exactamente bajo el mismo árbol sagrado del templo que había jurado proteger, así como a los saurios que allí se reunían. El mismo árbol

que aquellas personas enterradas hace unos momentos habían venido a ver en peregrinación.

Limpiándose una lágrima, Kunava supo en ese preciso instante lo que tenía que hacer.

Debía convertirse en un auténtico hombre saurio. Ese era su destino.